

## Literatura Norteamericana

### “Para Esmé, con amor y sordidez”

J. D. Salinger

Hace poco recibí por vía aérea una invitación para asistir a una boda que se celebrará en Inglaterra el dieciocho de abril. Me hubiera gustado mucho asistir y, al principio, cuando llegó la invitación, pensé que tal vez podría realizar el viaje, por avión, sin reparar en gastos. Pero desde entonces he tratado el asunto bastante detenidamente con mi mujer—una chica muy sensata—y decidimos que no iría; simplemente, había olvidado por completo que mi suegra esperaba ansiosamente el momento de pasar con nosotros la segunda quincena de abril. En realidad, no tengo demasiadas oportunidades de ver a mamá Grencher, y ella cada día es un poco mayor. Tiene cincuenta y ocho años (como ella misma es la primera en confesar).

Pero, de todos modos, donde quiera que esté, no soy de las personas que no mueven un dedo para evitar que fracase una boda. Así que puse manos a la obra e hice algunos reveladores apuntes sobre la novia tal como la conocí hace ya casi seis años. Si estos apuntes le proporcionan al novio, a quien no conozco, uno o dos momentos de malestar, tanto mejor. Aquí nadie intenta complacer a nadie, sino más bien edificar, instruir.

En abril de 1944 yo formaba parte de un grupo de unos reclutas norteamericanos que participaban en un curso de entrenamiento «pre-invasión», bastante especializado, bajo la dirección del Servicio de Inteligencia inglés, en Devon, Inglaterra. Cuando me pongo a pensar en el grupo creo que todos éramos bastante singulares, en el sentido de que no había un sólo tipo sociable. Todos éramos por naturaleza escritores de cartas, y cuando nos hablábamos por motivos ajenos al servicio, casi siempre era para pedirle a alguien un poco de tinta que no le hiciera falta. Cuando no estábamos escribiendo cartas o asistiendo a clase, cada uno andaba generalmente en lo suyo. Yo aprovechaba los días buenos para dar vueltas por los alrededores. Cuando llovía buscaba un lugar a cubierto y me ponía a leer algún libro, a veces a pocos pasos de una mesa de ping-pong.

El curso de entrenamiento duró tres semanas y terminó un sábado especialmente lluvioso. A las siete de la tarde todo nuestro grupo debía tomar el tren a Londres, donde, según se rumoreaba, íbamos a ser destinados a las divisiones de infantería y de paracaidistas organizadas para el día de la invasión. A las tres de la tarde ya había guardado todas mis pertenencias en mi macuto, incluyendo una funda para máscara anti-gas repleta de libros que yo había traído conmigo desde el otro lado del océano. (La máscara anti-gas había sido arrojada unas semanas antes por un ojo de buey del Mauretania, pues yo sabía perfectamente que si el enemigo, alguna vez, llegaba a emplear gases asfixiantes, jamás podría ponerme a tiempo el maldito aparato.) Recuerdo haberme quedado de pie durante mucho tiempo junto a la ventana en un extremo de nuestro barracón, mirando caer la lluvia inclinada y pertinaz, con un ligero escozor apenas o nada perceptible en el dedo del gatillo. Podía oír a mis espaldas el poco acogedor rasgar de muchas estilográficas sobre muchas hojas de papel de avión. De pronto, sin tener un plan definido, me aparté de la ventana y me puse el impermeable, la bufanda de cachemira, las botas de agua, los guantes de lana y el gorro (el cual, según me dijeron, yo llevaba con una inclinación particular, ligeramente hundido sobre las orejas). Acto seguido, después de sincronizar mi reloj con el de la letrina, me dirigí hacia el pueblo bajando por la larga cuesta adoquinada, mojada por la lluvia. No presté atención a los relámpagos que estallaban a mi alrededor. Los rayos o están destinados a uno, o no lo están.

En el centro del pueblo, tal vez la parte más mojada del lugar, me detuve frente a una iglesia para leer los avisos de la pizarra, porque me habían llamado la atención los números, blancos sobre fondo negro, y también porque, al cabo de tres años de ejército, me había aficionado a leer los avisos de las pizarras. A las tres y cuarto, decía el anuncio, iba a ensayar el coro infantil. Miré mi reloj, y después otra vez la pizarra. Habían clavado con chinchetas una hoja de papel con los nombres de los niños que debían participar. De pie bajo la lluvia leí todos los nombres y luego entré en la iglesia.

## Literatura Norteamericana

Sentados en los bancos había más o menos una docena de adultos, la mayoría de ellos con pequeñas botas de agua sobre las rodillas, con las suelas hacia arriba. Pasé de largo y me senté en la primera fila. Sobre el podio, sentados en tres filas compactas de sillas, había unos veinte chicos, la mayoría niñas, de siete a trece años de edad, más o menos. En ese momento la instructora del coro, una mujer enorme con un traje de tweed, les aconsejaba que al cantar abrieran la boca todo lo posible. ¿Alguna vez, preguntó, alguien oyó hablar de algún pajarito que se atreviera a cantar su hermoso canto sin abrir su piquito mucho, mucho, mucho? Al parecer, nadie había oído hablar nunca de tal cosa. La mujer recibió como respuesta una mirada colectiva firme y opaca. Luego continuó diciendo que quería que todos sus niños captaran el significado de las palabras que cantaban, y que no se limitaran a repetir las como loritos. En seguida hizo sonar una nota en el diapasón y los chicos, como si fuesen levantadores de pesas, alzaron sus libros de himnos.

Cantaron sin acompañamiento instrumental o, más exactamente, sin interferencias. Sus voces eran melodiosas y sin sentimiento. Posiblemente un hombre más religioso que yo hubiera caído en trance sin demasiado esfuerzo. Alguno que otro de los más pequeños se retrasaba un poco, pero únicamente la madre del compositor se lo hubiera reprochado. Nunca hasta entonces había oído ese himno, pero estaba deseando que tuviera una docena o más de estrofas. Mientras escuchaba, escudriñé las caras de todos los niños. Me atrajo particularmente la atención la de la niña más próxima a mí, situada en el último asiento de la fila de delante. Tendría unos trece años, con un pelo rubio ceniciento que le caía hasta el lóbulo de la oreja, una frente exquisita y unos ojos aburridos que, pensé, muy posiblemente ya habrían hecho el recuento de los que estaban presentes en la sala. Su voz se destacaba de la de los otros chicos, y no solamente porque estaba más cerca de mí. Tenía el mejor registro alto, el más seguro, el más dulce, y automáticamente guiaba a los demás. Pero la jovencita parecía estar levemente hastiada de su propia capacidad para cantar, o tal vez simplemente de estar allí. Dos veces, entre una estrofa y otra, la vi bostezar. Era un bostezo de dama, con la boca cerrada, pero uno no podía equivocarse: las aletas de la nariz la delataban.

Apenas terminó el himno, la instructora empezó a dar su extensa opinión sobre la gente que no puede tener los pies quietos y la boca cerrada durante el sermón del pastor. Comprendí que había terminado la parte cantada de la función y antes de que la voz disonante de la instructora lograra romper del todo el hechizo del canto de los niños, me levanté y salí de la iglesia.

Llovía con más fuerza. Bajé por la calle y miré a través de la vidriera de la sala de juegos de la Cruz Roja, pero había soldados agolpados de a tres en fondo frente al mostrador. Incluso a través del cristal podía oír las pelotas de ping-pong que rebotaban en la otra habitación. Crucé la calle y entré en una cafetería de civiles, totalmente desierta salvo una camarera de mediana edad que me dio la sensación de que hubiera preferido un cliente con el impermeable seco. Lo colgué con el máximo cuidado de un perchero y después me senté a una mesa y pedí té y tostadas con canela. Era la primera vez que hablaba con alguien en todo el día. Después hurgué en todos mis bolsillos, incluso los del impermeable, y por fin encontré dos o tres cartas marchitas para releer, una de mi mujer, que contaba qué mal estaba el servicio en el restaurante de Schrafft's, y una de mi suegra, que pedía que por favor le mandara un tejido de cachemira en cuanto pudiera escaparme del «campamento».

Estaba todavía en mi primera taza de té, cuando entró en la cafetería la jovencita del coro que yo había estado mirando y escuchando. Traía el pelo empapado y se le veían los bordes de ambas orejas. Venía con un niño muy pequeño, sin ninguna duda su hermano, al que le quitó el gorro, levantándolo con dos dedos, como si fuera un espécimen de laboratorio. Atrás venía una mujer de aspecto eficiente, con un sombrero de fieltro de ala baja, presuntamente su institutriz. La chica del coro, quitándose el abrigo mientras caminaba, eligió la mesa. Una buena elección desde mi punto de vista, ya que estaba justamente frente a mí, a unos tres metros. Ella y la institutriz se sentaron. El chiquillo, que tendría cinco años, aún no estaba listo para sentarse. Se apartó y se quitó la bufanda, luego, con la expresión impávida de quien ha nacido para fastidiar a los demás, se dispuso metódicamente a molestar a la institutriz empujando varias veces su silla hacia delante y hacia atrás, mientras la observaba

## Literatura Norteamericana

atentamente. La institutriz, sin levantar la voz, le ordenó dos o tres veces que se sentara y que, de una vez por todas, dejara de jorobar, pero sólo cuando le habló su hermana desistió y depositó el trasero en el asiento. Inmediatamente tomó la servilleta y se la puso en la cabeza. Su hermana la recogió, la abrió y se la colocó extendida sobre los muslos.

Cuando les trajeron el té, la jovencita del coro descubrió que yo los estaba mirando. Me miró a su vez fijamente, con esos ojos escrutadores que tenía, y luego, de pronto, me dedicó una pequeña y especial sonrisa. Era una sonrisa curiosamente radiante, como a veces lo son esas pequeñas y especiales sonrisas. Yo le respondí con otra sonrisa, mucho menos radiante, tapándome con el labio superior un empaste provisional, negro como el carbón, que me habían hecho en el ejército entre dos dientes delanteros. De pronto me di cuenta de que la jovencita estaba de pie, con envidiable aplomo, junto a mi mesa. Tenía puesto un vestido escocés, creo que con los colores del clan Campbell. Me pareció un vestido maravilloso para una señorita tan joven en un día tan, tan lluvioso.

—Creía que los norteamericanos odiaban el té.

No era la observación de una marisabidilla, sino de una persona que amaba la verdad o las estadísticas. Le dije que algunos no tomábamos nada más que té. Le pregunté si quería acompañarme. Respondió:

—Gracias. Tal vez sólo por un momento.

Me incorporé y le retiré una silla, la que estaba frente a mí, y se sentó en el borde, manteniendo la columna dorsal fácil y primorosamente derecha. Volví casi corriendo a mi propia silla, más que dispuesto a participar en la conversación. Aunque una vez sentado no se me ocurrió nada que decir. Sonreí de nuevo, ocultando siempre el empaste renegrido. Comenté que, por cierto, hacía un tiempo terrible fuera.

—Sí, efectivamente—dijo mi invitada, con el tono claro, inconfundible, de quien aborrece la charla intrascendente. Apoyó los dedos en el borde de la mesa, como en una sesión de espiritismo, y luego, casi instantáneamente, cerró las manos: tenía las uñas comidas hasta la carne. Usaba un reloj pulsera de aspecto militar, que parecía más bien un cronómetro marino. La esfera era demasiado grande para su muñeca menuda.

—Usted estuvo presente en el ensayo del coro—dijo a título de mera información—. Yo lo vi.

Dije que efectivamente había estado allí y que había notado cómo su voz se destacaba de las otras. Le dije que en mi opinión su voz era muy bonita.

Asintió con la cabeza:

—Lo sé. Voy a ser cantante profesional.

—¿De veras? ¿Ópera?

—No, por Dios. Voy a cantar jazz en la radio y a ganar mucho dinero. Y cuando tenga treinta años me voy a retirar y viviré en un rancho en Ohio.—Se tocó la coronilla húmeda con la mano abierta—. ¿Conoce Ohio?—preguntó.

Le dije que había pasado por allí en el tren algunas veces, pero que en realidad no lo conocía. Le ofrecí una tostada con canela.

—No, gracias—dijo—. En realidad soy como un pajarito para comer.

Yo mordí una tostada, y le comenté que en los alrededores de Ohio hay algunos sitios bastante salvajes.

—Ya sé. Me lo dijo un norteamericano que conocí. Usted es el undécimo norteamericano que conozco.

La institutriz le hacía ahora apremiantes señales de que volviera a su mesa, en fin, de que dejara de molestar al señor. Mi invitada, no obstante, desplazó tranquilamente su silla dos o tres centímetros de modo que su espalda interrumpió toda posible comunicación con la mesa de origen.

—Usted va a esa escuela del Servicio de Inteligencia ahí, en el cerro, ¿no?—preguntó con displicencia.

Yo, bastante convencido de la necesidad de no hablar de más en tiempos de guerra, dije que

## Literatura Norteamericana

estaba en Devonshire por motivos de salud.

—¿De veras?—dijo—. No nació ayer, ¿sabe?

Le dije que, por supuesto, sabía que no había nacido ayer. Bebí un sorbo de té. Me estaba intimidando un poco mi posición y entonces me senté algo más derecho en la silla.

—Para ser norteamericano, parece usted bastante inteligente—murmuró mi invitada, pensativa.

Le dije que eso me parecía una cosa demasiado afectada para decir, si uno lo pensaba un poco, y que yo confiaba en que no fuera digna de ella.

Se sonrojó, proporcionándome automáticamente el aplomo que me había estado faltando.

—En realidad... la mayoría de los americanos que he visto se comportan como animales. Se pasan el tiempo dándose trompazos unos a otros, insultando a todo el mundo y... ¿sabe qué hizo uno de ellos?—Moví negativamente la cabeza.

—Arrojó una botella de whisky vacía a través de la ventana de mi tía. Por suerte, la ventana estaba abierta. Dígame, ¿a usted le parece una cosa inteligente?

No parecía serlo especialmente, pero no se lo dije. Le dije que había muchos soldados, en todo el mundo, que estaban lejos de sus hogares, y que muy pocos habían podido disfrutar verdaderamente de la vida. Le dije que creía que la mayoría de las personas podía imaginárselo por su cuenta.

—Posiblemente —dijo mi invitada, sin convicción. Nuevamente se puso la mano sobre el pelo húmedo, separó algunos rubios y finos mechones y trató de cubrirse los bordes de las orejas—. Tengo el pelo empapado—dijo—. Debo de tener un aspecto horrible.—Me miró—. Mi pelo es completamente ondulado cuando está seco.

—Ya me doy cuenta, ya lo veo.

—En realidad, no rizado, sino ondulado—dijo—. ¿Es usted casado?

Dije que sí.

Asintió con la cabeza.

—¿Está usted profundamente enamorado de su mujer? ¿Le estoy haciendo preguntas demasiado indiscretas?

Le dije que cuando considerara que lo eran, se lo diría.

Adelantó las manos y las muñecas hacia el centro de la mesa, y recuerdo que quise hacer algo con ese enorme reloj pulsera que llevaba puesto... posiblemente aconsejarle que se lo pusiera en la cintura.

—Por lo general, no soy muy gregaria—dijo, y me miró como tratando de ver si yo conocía el significado de la palabra. Yo no le di a entender nada sin embargo, ni en un sentido ni en otro—. Me acerqué pura y simplemente porque parecía estar usted muy solo. Se le ve en el rostro que es muy sensible.

Dije que tenía razón, que efectivamente me había sentido muy solo, y que me alegraba mucho de que ella hubiera venido a mi mesa.

—Estoy tratando de ser más compasiva. Mi tía dice que soy terriblemente fría—dijo, y de nuevo se tocó la cabeza—. Vivo con mi tía. Es una mujer sumamente bondadosa. Desde que murió mamá, ha hecho todo lo posible para que Charles y yo nos sintamos adaptados.

—Me alegro.

—Mi madre era terriblemente inteligente. Muy sensual, en muchos sentidos.—Me miró con una especie de fresca agudeza—. ¿Yo le parezco terriblemente fría?

Le dije que no, en absoluto, muy al contrario. Le dije mi nombre y le pregunté el suyo.

Vaciló.

—Mi primer nombre es Esmé. Creo que, por el momento, no voy a decirle mi nombre completo. Tengo un título nobiliario y a lo mejor a usted le impresionan los títulos. A los norteamericanos les suele ocurrir, ¿no es cierto?

Dije que no creía que me ocurriera a mí, pero que, de todos modos, podría ser una buena idea no tocar el asunto del título por ahora.

## Literatura Norteamericana

En ese preciso momento, sentía el cálido aliento de alguien en mi nuca. Me volví, y pude evitar a tiempo un choque entre mi nariz y la del hermanito de Esmé.

Ignorándome, el chico se dirigió a su hermana con una voz atiplada:

—La señorita Megley dice que vuelvas y termines de tomar el té.—Transmitido el mensaje, se instaló en la silla que estaba entre su hermana y la mía, a mi derecha. Lo miré con bastante interés. Estaba muy elegante con unos pantalones cortos castaños, jersey azul marino, camisa blanca y corbata a rayas. Me devolvió la mirada con unos inmensos ojos verdes—. ¿Por qué en las películas la gente besa de lado?—preguntó.

—¿De lado?—dije—. Era un problema que me había intrigado en mi infancia. Dije que suponía que era porque las narices de los actores resultan demasiado grandes como para que puedan besarse de frente.

—Su nombre es Charles—dijo Esmé—. Es sumamente brillante para su edad.

—La verdad es que tiene los ojos verdes. ¿No es así Charles?—dije yo.

Me clavó la impávida mirada que merecía mi pregunta y después se fue escurriendo hacia delante y hacia abajo en la silla hasta que todo su cuerpo quedó debajo de la mesa salvo la cabeza, apoyada sobre el asiento, como en una llave de lucha grecorromana.

—Son anaranjados—dijo, con voz forzada, dirigiéndose al cielo raso. Con una punta del mantel se cubrió la carita inexpresiva.

—A veces es brillante y a veces no—dijo Esmé—. ¡Charles, siéntate derecho!

Charles se quedó donde estaba. Parecía contener la respiración.

—Echa mucho de menos a nuestro padre. Lo m-a-t-a-r-o-n en África del Norte.

Expresé mi pesar por la noticia.

Esmé asintió.

—Papá lo adoraba.—Con aire pensativo se mordió la cutícula del pulgar—. Se parece mucho a mi madre, Charles, quiero decir. Yo soy idéntica a mi padre—siguió mordiéndose la cutícula—. Mi madre era muy apasionada. Tenía un carácter extravertido. Papá era introvertido. Aunque hacían una buena pareja, por lo menos en apariencia. Para serle sincera, papá necesitaba una compañera más intelectual que mamá. Él fue un genio extraordinariamente dotado.

Esperé más información con la mejor voluntad, pero no continuó. Miré hacia abajo a Charles, que apoyaba ahora la mejilla en el asiento. Cuando vio que yo lo miraba, cerró los ojos en forma soñadora, angelical, y después me sacó la lengua—un apéndice de sorprendente longitud—e hizo un ruido que en mi país hubiera sido un glorioso tributo a un árbitro de béisbol miope. El ruido sacudió totalmente la cafetería.

—Basta ya—dijo Esmé, con evidente calma—. Se lo vio hacer a un americano en una cola para comprar pescado frito con patatas, y ahora lo hace cada vez que se aburre. Basta ya, o te mando ahora mismo con la señorita Megley.

Charles abrió sus enormes ojos como señal de que había escuchado la amenaza de su hermana, pero por lo demás no se dio por enterado. Cerró de nuevo los ojos y siguió apoyando la mejilla sobre el asiento.

Yo comenté que a lo mejor debería conservarlo—refiriéndome al ruido propio del Bronx que había hecho con la boca—hasta que empezara a usar su título nobiliario con regularidad. Siempre, claro está, que él también tuviera un título.

Esmé me dirigió una larga mirada, levemente clínica.

—Usted tiene un sentido del humor muy particular, ¿no es así?—dijo con un deje nostálgico—. Papá decía que yo no tengo ningún sentido del humor. Solía decir que no estaba preparada para afrontar la vida porque me faltaba sentido del humor.

Encendí un cigarrillo sin dejar de mirarla y dije que no creía que el sentido del humor sirviera de algo en una situación verdaderamente apurada.

—Papá decía que sí.

## Literatura Norteamericana

Era una declaración de fe, no una contradicción, de modo que en seguida cambié de opinión. Asentí con la cabeza y dije que seguramente la visión de su padre era de largo alcance, mientras que la mía era de corto alcance (cualquiera que esto significase).

—Charles lo echa muchísimo en falta—dijo Esmé, al cabo de un rato—. Era un hombre sumamente encantador y además muy guapo. Claro que la apariencia no tiene mucha importancia, pero él era muy apuesto. Tenía unos ojos terriblemente penetrantes, pese a ser un hombre intrínsecamente bondadoso.

Asentí. Dije que suponía que su padre tenía un vocabulario fuera de lo común.

—Oh, sí, totalmente—dijo Esmé—. Era archivero... aficionado, por supuesto.

En ese momento sentí una palmada inoportuna en el brazo, casi un puñetazo, que provenía de donde estaba Charles. Me volví hacia él. Ahora estaba sentado casi normalmente en su silla, salvo que tenía una pierna recogida.

—¿Qué le dijo una pared a la otra pared?—chilló—. ¡Es una adivinanza!

Levante la mirada hacia el techo en actitud pensativa y repetí la pregunta en voz alta. Después miré a Charles con expresión resignada y dije que me daba por vencido.

—¡Nos encontraremos en la esquina!—fue la respuesta, enunciada a todo volumen.

El que más festejó el chiste fue el propio Charles. Le pareció intolerablemente gracioso. Tanto, que Esmé se vio obligada a acercarse para golpearlo en la espalda, como si hubiera tenido un acceso de tos.

—Bueno, basta—le dijo. Volvió a su asiento—. Le cuenta esa adivinanza a todo el mundo y siempre le da un ataque. Generalmente, cuando ríe babea. Bueno, basta, por favor.

—Sin embargo, es una de las mejores adivinanzas que me han contado—dije, mirando a Charles, que se iba recuperando poco a poco.

Como respuesta a mi cumplido, se hundió bastante más en su asiento y volvió a taparse la cara hasta la nariz con una punta del mantel. Entonces me miró con esos ojos llenos de una risa que se calmaba gradualmente, y del orgullo de quien sabe una o dos adivinanzas realmente buenas.

—¿Me permite preguntarle qué hacía antes de incorporarse al ejército?—me preguntó Esmé.

Dije que no había hecho nada, que había salido de la universidad hacía apenas un año, pero que me gustaba considerarme un escritor de cuentos profesional.

Asintió cortésmente.

—¿Ha publicado algo?—me preguntó.

Era una pregunta familiar que siempre daba en la llaga, y que no se contestaba así como así. Empecé a explicarle que en los Estados Unidos todos los editores eran una banda de...

—Mi padre escribía maravillosamente—interrumpió Esmé—. Estoy guardando algunas de sus cartas para la posteridad.

Dije que me parecía una excelente idea. Yo, casualmente, estaba mirando otra vez su enorme reloj parecido a un cronómetro. Le pregunté si había pertenecido a su padre.

Miró su muñeca con solemnidad.

—Sí, era suyo—dijo—. Me lo dio poco antes de que Charles y yo fuéramos evacuados.—Automáticamente retiró las manos de la mesa, mientras decía—: Puramente como un recuerdo, por supuesto.—Cambió de tema—. Me sentiría muy halagada si alguna vez usted escribiera un cuento especialmente para mí. Soy una lectora insaciable.

Le dije que lo haría, sin duda, siempre que pudiera. Dije que no era un autor demasiado prolífico.

—¡No tiene por qué ser prolífico! ¡Basta que no sea estúpido e infantil! —Recapitó y dijo—: Prefiero los cuentos que tratan de la sordidez.

—¿De qué?—dije, inclinándome hacia adelante.

—De la sordidez. Estoy sumamente interesada en la sordidez.

Estaba a punto de pedirle mayores detalles, pero sentí que Charles me pellizcaba con fuerza en

## Literatura Norteamericana

el brazo. Me volví haciendo una leve mueca de dolor. Estaba de pie a mi lado.

—¿Qué le dijo una pared a la otra?—preguntó, sin demasiada originalidad.

—Ya se lo preguntaste—dijo Esmé—. Ahora basta.

Sin hacer caso de su hermana y pisando uno de mis pies, Charles repitió la pregunta clave. Observé que el nudo de su corbata no estaba correctamente ajustado. Lo deslicé hasta su lugar y después, mirándolo fijo, sugerí:

—¿Te encuentro en la esquina?

Apenas terminé de decirlo me arrepentí. La boca de Charles se abrió de golpe. Tuve la sensación de habérsela abierto yo de una bofetada. Se bajó de mi pie y, con furibunda dignidad, se dirigió hacia su mesa sin volver la vista.

—Está furioso—dijo Esmé—. Tiene un carácter violento. Mi madre tendía a malcriarlo. Mi padre era el único que no lo malcriaba.

Yo seguía mirando a Charles, que se había sentado y empezaba a tomar su té, sosteniendo la taza con las dos manos. Tuve la esperanza de que se volviera, pero no lo hizo.

Esmé se puso de pie.

—Il faut que je parte aussi—dijo, suspirando—. ¿Usted habla francés?

Me puse de pie con una mezcla de confusión y pesar. Esmé y yo nos dimos la mano; la suya, como había sospechado, era una mano nerviosa, con la palma húmeda. Le dije, en inglés, cuánto había disfrutado de su compañía.

Asintió con la cabeza.

—Pensé que sería así—dijo—. Soy bastante comunicativa para mi edad.—Se tanteó otra vez el pelo—. Lamento mucho lo de mi pelo—dijo—. Debo tener un aspecto horrible.

—¡En absoluto! Creo que las ondas se están formando de nuevo.

De nuevo se tocó rápidamente el pelo.

—¿Cree que volverá aquí en un futuro inmediato? —preguntó—. Venimos todos los domingos, después de los ensayos del coro.

Contesté que nada hubiera podido resultarme más agradable, pero que, por desgracia, estaba seguro de que ya no volvería.

—En otras palabras, no puede hablar sobre movimientos de tropas—dijo Esmé.

No hizo ningún ademán de alejarse de la mesa. Sólo cruzó un pie sobre el otro y, mirando hacia abajo, alineó las puntas de los zapatos. Fue un hermoso gesto, ya que llevaba calcetines blancos, y sus pies y tobillos eran encantadores. De pronto me miró.

—¿Le gustaría que yo le escribiera?—dijo, con las mejillas ligeramente ruborizadas—. Escribo cartas muy bien redactadas para alguien de mi...

—Me encantaría—dije. Saqué lápiz y papel y anoté mi nombre, grado, matrícula, y número de correo militar.

—Yo le escribiré primero—dijo ella tomando el papel—, para que usted no se sienta comprometido en modo alguno.—Guardó la dirección en un bolsillo del vestido—. Adiós—dijo, y volvió a la mesa.

Pedí otra taza de té y permanecí sentado mirándolos hasta que, junto a la atribulada señorita Megley, se pusieron de pie para marchar. Charles iba delante, renqueando trágicamente como un hombre que tiene una pierna mucho más corta que la otra. No miró hacia mí. Después salió la señorita Megley, y a continuación Esmé, que me saludó con una mano como despedida. Le devolví el saludo, incorporándome a medias. Fue un momento de extraña emoción para mí.

No había pasado un minuto cuando Esmé volvió a entrar en la cafetería, arrastrando a Charles por la manga de su impermeable.

—Charles quiere darle un beso de despedida—dijo.

Inmediatamente dejé mi taza en la mesa, y dije que era un gesto muy simpático por su parte, pero ¿estaba segura?

## Literatura Norteamericana

—Sí—dijo, con cierto tono amenazador.

Soltó la manga de Charles y le dio un riguroso empujón hacia mí. Charles se adelantó, con la cara lívida de furia, y me dio un beso sonoro y húmedo, justo debajo de la oreja derecha. Superada esta prueba, se encaminó velozmente hacia la puerta y hacia formas menos sentimentales de vida, pero alcancé a tomarlo del cinturón del impermeable, lo retuve un instante y le dije:

—¿Qué le dijo una pared a la otra?

Su cara se iluminó.

—¡Nos encontraremos en la esquina!—chilló, y salió corriendo de la cafetería, posiblemente histérico.

Esmé estaba de pie otra vez con los tobillos cruzados.

—¿Seguro que no se va a olvidar de escribirme ese cuento?—preguntó—. No hace falta que sea exclusivamente para mí. Puede...

Le dije que era imposible que me olvidara. Le dije que nunca había escrito un cuento para nadie en especial, pero que al parecer había llegado el momento de hacerlo.

—Que sea muy sórdido y conmovedor—sugirió—. ¿Ha conocido cosas sórdidas?

Le dije que no muchas, pero que cada vez iba conociendo más, de una manera u otra, y que haría todo lo posible para cumplir con sus deseos. Nos dimos la mano.

—¿No es una lástima que no nos hayamos conocido en circunstancias menos apremiantes?

Le dije que sí, que realmente era una lástima.

—Adiós—dijo Esmé—. Espero que regrese de la guerra con todas sus facultades intactas.

Le di las gracias, añadí algo más y después la vi salir de la cafetería. Se fue despacio, como meditando, mientras se tocaba el pelo para ver si estaba seco.

Ésta es la parte sórdida o emotiva del relato, y la escena cambia. Los personajes también cambian. Yo todavía ando por este mundo, pero de aquí en adelante, por motivos que no me es permitido revelar, me he disfrazado con tanta astucia que ni el lector más inteligente podrá reconocerme.

Eran alrededor de las diez y media de la noche en Gaufurt, Baviera, varias semanas después del Día de la Victoria. El sargento X estaba en su habitación, en el segundo piso de una casa de civiles donde él y otros nueve soldados americanos habían sido alojados ya antes del armisticio. Estaba sentado en una silla plegable de madera, frente a un pequeño y revuelto escritorio, tratando de leer, con enorme dificultad, una novela de bolsillo. La dificultad estaba en él, no en la novela. Aunque los soldados del primer piso eran generalmente los primeros en apoderarse de los libros que el Servicio Especial enviaba todos los meses, siempre parecían dejarle a X el libro que él mismo hubiera elegido. Pero era un joven que no había salido de la guerra con todas sus facultades intactas; hacía más de una hora que leía cada párrafo tres veces, y ahora estaba haciendo lo mismo frase por frase. De pronto cerró el libro, sin señalar la página. Por un instante se protegió los ojos con la mano del duro e intenso brillo de la lámpara desnuda que pendía sobre la mesa.

Sacó un cigarrillo del paquete que se hallaba sobre la mesa y lo prendió con dedos que chocaban suave y constantemente entre sí. Se echó un poco hacia atrás en su asiento y fumó sin sentir el gusto. Hacía semanas que fumaba un cigarrillo tras otro. Le sangraban las encías a la menor presión de la punta de la lengua, pero pocas veces dejaba de experimentarlo; era como un juego consigo mismo, a veces durante horas y horas. Se quedó un rato fumando y experimentando. Entonces, de pronto, en la forma ya conocida y sin previo aviso, le pareció sentir que su mente se desplazaba, se bamboleaba como un bulto mal asegurado en el portaequipajes de un tren. En seguida hizo lo que había estado haciendo durante semanas para arreglar las cosas; se apretó fuertemente las sienes con las manos. Durante un momento las mantuvo así. Tenía el pelo sucio y hacía mucho tiempo que no se lo cortaba. Se lo había lavado tres o cuatro veces durante su estancia de dos semanas en el hospital de



## Literatura Norteamericana

Francfort, pero se le había vuelto a ensuciar en el largo y polvoriento regreso en jeep a Gaufurt. El cabo Z, que había ido a buscarlo al hospital, aún conducía un jeep de combate, con el parabrisas abatido sobre el capó, hubiera o no armisticio. Había millares de soldados nuevos en Alemania. Al conducir con el parabrisas abatido al estilo de combate, el cabo Z pretendía demostrar que él no era uno de esos, que por nada del mundo era él un hijo de mala madre recién llegado.

Cuando retiró las manos de la cabeza, X se puso a contemplar la mesa del escritorio, que era una especie de receptáculo con unas dos docenas de cartas sin abrir y por lo menos cinco o seis paquetes, también sin abrir, dirigidos a él. Buscó detrás de los escombros y tomó un libro que estaba contra la pared. Su autor era Goebbels y se llamaba *Die Zeit ohne Beispiel*. Pertenecía a la hija de la familia, una mujer de treinta y ocho años, soltera, que hasta pocas semanas antes había estado viviendo en la casa. Había sido una funcionaria subalterna del partido nazi, pero de jerarquía suficiente, según las normas del reglamento militar, como para entrar en la categoría de «arresto automático». El propio X la había arrestado. Ahora, por tercera vez desde que había regresado del hospital ese día, abrió el libro de la mujer y leyó la breve anotación en la primera página. Escritas en tinta, en alemán, con una letra pequeña e irremisiblemente sincera, se leían las palabras: «Santo Dios, la vida es un infierno.» Nada más, ni antes ni después. Solas en la página, y en la enfermiza quietud de la habitación, las palabras parecían adquirir dimensiones de una declaración irrefutable y hasta clásica. X contempló la página durante varios minutos, tratando a duras penas de no dejarse engañar. Entonces, con un celo mayor del que había puesto en cualquier otra cosa durante semanas, tomó un lápiz y escribió debajo de la anotación, en inglés: «Padres y maestros, yo me pregunto: "¿qué es el infierno?" Sostengo que es el sufrimiento de no poder amar». Empezó a escribir debajo el nombre de Dostoievski, pero vio—con un temor que le recorrió todo el cuerpo—que lo que había escrito era casi totalmente ilegible. Cerró el libro.

Rápidamente tomó otra de las cosas que se hallaban sobre el escritorio, una carta de su hermano mayor que vivía en Albany. La tenía sobre la mesa ya desde antes de entrar en el hospital. Abrió el sobre con la vaga intención de leer la carta por entero, pero leyó solamente la primera mitad de la primera carilla. Se detuvo después de las palabras: «Ahora que esta guerra de mierda ha terminado y probablemente tengas bastante tiempo libre, ¿qué te parece si les mandas unas bayonetas o unas esvásticas a los chicos?...» Después de romper la carta, miró los pedazos caídos en el fondo de la papelera. Vio que se le habían pasado por alto unas fotos. Pudo distinguir los pies de alguien en algún jardín de algún sitio.

Cruzó los brazos sobre la mesa y apoyó en ellos la cabeza. Le dolía todo el cuerpo, de pies a cabeza, y todas las zonas doloridas de alguna manera parecían repercutir en otras. Era algo así como un árbol de Navidad con las lucecitas conectadas en serie: si se apagaba una, todas las demás, necesariamente, debían apagarse.

La puerta se abrió violentamente sin que nadie hubiera llamado. X levantó la cabeza, la volvió y vio de pie en la puerta al cabo Z. El cabo Z había sido compañero de jeep y camarada constante de X desde el día mismo del desembarco y a lo largo de cinco campañas. Vivía en el primer piso y por lo general subía a ver a X cuando tenía algunas quejas o algunos rumores que descargar. Era un joven corpulento, fotogénico, de veinticuatro años. Durante la guerra, había posado en el bosque de Hürtgen para una gran revista norteamericana; se había dejado fotografiar, más que complacido, con un enorme pavo del Día de Acción de Gracias en cada mano.

—¿Estás escribiendo cartas? —preguntó—. Madre mía. ¡Por Dios, qué tétrico es esto!— Siempre prefería que estuviera encendida la luz principal de cualquier habitación en la que entrara.

X se volvió en la silla y le pidió que entrara, pero que tuviera cuidado de no pisar al perro.

—¿El qué?

—Alvin. Está justo debajo de tus pies, Clay. ¿Por qué demonios no enciendes esa luz?

Clay encontró el interruptor, lo accionó y después cruzó de una zancada la pequeña habitación, parecida a un desván, y se sentó en el borde de la cama, frente a su anfitrión. De su pelo rojo ladrillo,

## Literatura Norteamericana

recién peinado, le goteaba el agua con que se lo había alisado. Del bolsillo derecho de su camisa verde oliva asomaba, con aire familiar, un peine con prendedor como el de una estilográfica. Sobre el bolsillo izquierdo llevaba el distintivo de infante de combate (que, técnicamente, no estaba autorizado a usar), la cinta de servicio en el frente europeo, con cinco estrellas de bronce (en lugar de una de plata, que era el equivalente de cinco de bronce), y la cinta de servicio anterior a Pearl Harbor.

Suspiró profundamente y dijo:

—Santo Dios.

No significaba nada; eran, simplemente, cosas del ejército. Sacó de un bolsillo de la camisa un paquete de cigarrillos, extrajo uno, después guardó el paquete y abrochó la solapa del bolsillo. Mientras fumaba, echó una mirada vacía a su alrededor. Por fin sus ojos se detuvieron en la radio.

—Oye—dijo—, dentro de un par de minutos empieza ese programa bárbaro por la radio, con Bob Hope y todos éstos.

X abrió un nuevo paquete de cigarrillos y dijo que acababa de apagar la radio.

Sin inmutarse, Clay observó a X, que intentaba encender su cigarrillo.

—Diablos—exclamó con el entusiasmo de un espectador—. Tendrías que verte las manos. Tú sí que estás tembleque. ¿Lo sabías?

X logró encender el cigarrillo, asintió y comentó que Clay tenía un ojo de lince para los detalles.

—En serio, chico, casi me desmayo cuando te vi en el hospital. Parecías un asqueroso cadáver. ¿Cuántos kilos perdiste? ¿Cuánto adelgazaste? ¿No sabes?

—No sé. ¿Cómo anduviste de cartas mientras yo estaba allí? ¿Tuviste noticias de Loretta?

Loretta era la chica de Clay. Pensaban casarse en cuanto tuvieran una oportunidad. Le escribía con bastante regularidad, desde un paraíso de triples signos de exclamación y de observaciones inexactas. Durante toda la guerra, Clay había leído esas cartas en voz alta a X, por íntimas que fueran; en verdad, cuanto más íntimas, mejor. Tenía la costumbre, después de cada lectura, de pedir a X que le hiciera un borrador o un bosquejo de la contestación, y que insertara algunas palabras en alemán o francés que impresionaran bien.

—Sí, ayer recibí una carta suya. La tengo abajo en la habitación. Después te la enseño—dijo Clay sin mucho ánimo. Se irguió en la cama, contuvo la respiración y soltó después un eructo largo y resonante. Con aire de estar no demasiado satisfecho con su demostración, volvió a relajarse—. A su hermano de mierda lo dan de baja en la Marina por la cadera. Se descaderó, el hijo de puta.—Se irguió de nuevo e intentó eructar otra vez, pero no tuvo éxito como la vez anterior. De pronto la cara se le iluminó con una pizca de atención—. Eh, antes de que me olvide. Mañana tenemos que levantarnos a las cinco para ir a Hamburgo o a un sitio así. A buscar chaquetillas tipo Eisenhower para todo el regimiento.

X lo miró con hostilidad y dijo que no quería una chaquetilla estilo Eisenhower.

Clay lo miró sorprendido, casi ofendido.

—Pero... son muy buenas. Quedan muy bien. ¿Cómo puede ser?

—No hay motivo. ¿Por qué tenemos que levantarnos a las cinco? La guerra ya terminó, gracias a Dios.

—No sé... Tenemos que volver antes del almuerzo. Trajeron unos formularios nuevos que hay que llenar antes del almuerzo... Le pregunté a Bulling por qué diablos no podíamos llenarlos por la noche. Tiene esos formularios del diablo ahí, en el escritorio. No quiere abrir los sobres, el hijo de puta. Los dos guardaron un momento de silencio, odiando a Bulling.

De pronto Clay miró a X con renovado interés.

—Eh—dijo—. ¿Sabes que se te mueve endiabladamente todo el costado de la cara?

X dijo que ya lo sabía, y se cubrió el tic con la mano.

Clay lo miró detenidamente un instante, y después dijo con cierta vivacidad, como si fuera portador de alguna noticia excepcionalmente buena:

—Le escribí a Loretta que tuviste un colapso nervioso.

## Literatura Norteamericana

—¿Sí?

—Sí. Todo eso le interesa la hostia. Está a punto de licenciarse en psicología.—Clay se estiró sobre la cama, con zapatos y todo—. ¿Sabes lo que dijo? Dijo que nadie sufría de colapso nervioso simplemente por la guerra. Dice que tú probablemente ya fuiste un desequilibrado durante toda tu perra vida.

X se tapó los ojos con la mano, la luz parecía cegarlos, y dijo que era una maravilla la visión que Loretta tenía de las cosas.

Clay lo miró fijamente.

—Escucha, mal nacido—dijo—. Ella sabe mucho más de psicología que tú.

—¿Podrías molestarme en sacar tus hediondos pies de mi cama?—preguntó X.

Clay dejó los pies donde estaban durante algunos segundos al modo de tú-no-vas-a-decirme-dónde-tengo-que-poner-los-pies, y después los levantó, los apoyó en el suelo y se sentó.

—Me voy abajo, después de todo. En la habitación de Walker tienen encendida la radio.— Aunque no se levantó de la cama—. Oye. Le estaba diciendo a ese nuevo hijo de puta, Bernstein, ahí abajo. ¿Recuerdas la vez que yo y tú fuimos a Valognes en el jeep, y nos bombardearon durante dos endiabladas horas, y ese gato de mierda que yo despache de un tiro cuando estábamos en el pozo y que subió al capó del Jeep? ¿Te acuerdas?

—Sí... no empieces otra vez con ese asunto del gato, Clay. No me interesa escucharlo. ¿Cómo tengo que decírtelo?

—No, lo que quiero decir es que le escribí a Loretta. Ella y todos los alumnos de psicología discutieron el asunto. En clase y todo. Hasta el infeliz del profesor y todos los demás.

—Formidable. Pero no quiero saber nada de eso, Clay.

—No ¿sabes por qué dice Loretta que le pegué un tiro? Dice que yo tenía locura pasajera. En serio. Por el bombardeo y todo eso.

X se pasó los dedos por el pelo sucio y luego volvió a protegerse los ojos de la luz.

—No estabas loco. Estabas cumpliendo con tu deber. Mataste ese gatito en forma tan valiente como cualquier otro en las mismas circunstancias.

Clay lo miró receloso:

—¿De qué diablos estás hablando?

—Ese gato era un espía. Tú tenías que pegarle un tiro. Era un enano alemán muy astuto vestido con un abrigo de piel barato. Así que ahí no había nada brutal, ni cruel, ni sucio, ni siquiera...

—¡Maldita sea! —exclamó Clay, apretando los labios—. ¿No puedes hablar nunca en serio?

De pronto, X sintió náuseas y, girando en su silla, tomó la papelera... Justo a tiempo.

Cuando se incorporó y se volvió de nuevo hacia su huésped, lo encontró de pie, incómodo, a mitad de camino entre la cama y la puerta. X pensó en disculparse, pero cambió de idea, y estiró la mano en busca de sus cigarrillos.

—Vamos, ven abajo a escuchar a Hope por radio, ¿eh? —dijo Clay, manteniéndose a distancia, pero tratando de parecer amistoso—. Te va a sentar bien, te lo aseguro.

—Vete tú, Clay. Yo voy a mirar mi colección de sellos.

—¿En serio? ¿Tienes una colección de sellos? No sabía...

—Estaba bromeando.

Clay dio un par de pasos indecisos hacia la puerta.

—Creo que voy a ir a Ehstadt más tarde—dijo—. Hay baile. Es probable que dure hasta las dos. ¿Quieres venir?

—No, gracias. Puedo practicar unos pasos en mi habitación.

—Bueno... hasta mañana... y cuídate, ¿eh?—La puerta se cerró, pero volvió a abrirse en seguida:—¿Puedo dejarte una carta para Loretta debajo de la puerta? Le puse unas cosas en alemán.

¿Me las corriges?

—Claro que sí. Ahora déjame sólo.

## Literatura Norteamericana

—Está bien. ¿Sabes qué me dijo mi madre en una carta? Que se alegraba de que tú y yo estuviéramos juntos durante toda la guerra. En el mismo jeep y todo. Dice que mis cartas son mucho más inteligentes desde que andamos juntos.

X lo miró de arriba abajo, y después, con un gran esfuerzo, dijo:

—Gracias. Dale las gracias de mi parte.

—Cómo no. ¡Hasta mañana!

La puerta se cerró de un golpe seco, esta vez definitivamente.

X se quedó contemplando la puerta durante un buen rato, después hizo girar la silla hasta ponerla frente al escritorio y levantó del suelo la máquina de escribir portátil. Le hizo sitio sobre el escritorio atestado, empujando a un lado el montón de cartas y paquetes. Pensó que, si escribía una carta a un viejo amigo de Nueva York, sería una buena terapia para él, por leve que fuera. Pero no pudo introducir correctamente el papel en la máquina de tanto como le temblaban las manos. Dejó caer los brazos por un minuto, intentó empezar otra vez, pero terminó por estrujar el papel y arrojarlo a la papelera.

Se dio cuenta de que tenía que sacar la papelera de la habitación, pero no hizo nada, sólo cruzó los brazos sobre la máquina de escribir, apoyó en ellos la cabeza y cerró los ojos.

Unos pocos y angustiosos minutos más tarde, cuando volvió a abrirlos, descubrió que tenía frente a él un paquetito sin abrir, envuelto en papel verde. Probablemente se había caído del montón cuando hizo sitio para la máquina de escribir. Vio que la dirección había sido corregida varias veces. En una sola de las caras del paquete pudo distinguir que habían tachado por lo menos tres de sus números anteriores del correo militar.

Abrió el paquete sin ningún interés, sin mirar siquiera el remitente. Lo abrió quemando el cordel con la llama de un fósforo. Le interesó más ver quemarse el hilo por completo que abrir el paquete, pero por fin lo abrió.

Dentro de la caja había una nota escrita con tinta sobre un objeto pequeño envuelto en papel de seda. Tomó la nota y la leyó.

17, Road ...

..., Devon

7 de junio de 1944

Estimado sargento X:

Espero me disculpará haber tardado 38 días en iniciar nuestra correspondencia, pero he estado muy ocupada porque mi tía tuvo una infección de estreptococos en la garganta y casi se muere, y yo, como es lógico, me he visto abrumada por diversas responsabilidades. Sin embargo, he pensado frecuentemente en usted y en la tarde tan agradable que pasamos en mutua compañía el 30 de abril de 1944, entre las 15.45 y las 16.15 horas, por si usted se hubiera olvidado.

Todos estamos enormemente nerviosos e impresionados por la invasión y nuestra única esperanza es que dé lugar a una rápida terminación de la guerra y de un sistema de existencia que es, por no decir otra cosa, completamente ridículo. Charles y yo estamos muy preocupados por usted; esperamos que no haya estado entre los que hicieron el primer asalto a la península de Cotentín. ¿O sí estuvo? Le ruego que me conteste lo más rápidamente posible. Mis más afectuosos saludos a su esposa.

Sinceramente,

ESMÉ

P.D. Me tomo la libertad de adjuntarle mi reloj de pulsera, que le ruego conserve mientras duren las hostilidades. No observé durante nuestro breve encuentro si usted llevaba uno, pero éste es sumamente sumergible y a prueba de golpes, además de tener muchas otras virtudes, entre ellas la de

## Literatura Norteamericana

poder decir a qué velocidad camina uno, si así lo desea. Estoy completamente segura de que en estos días difíciles usted podrá usarlo con más provecho que yo y que lo aceptará como un talismán.

Charles, a quien estoy enseñando a leer y a escribir y que es un alumno en extremo inteligente, desea agregar unas palabras. Por favor, escriba apenas tenga tiempo y ganas.

HOLA HOLA HOLA HOLA  
HOLA HOLA HOLA HOLA  
RECUERDOS Y BESOS CHALES

Pasó mucho tiempo antes de que X pudiera dejar a un lado la nota, para no mencionar lo que tardó en sacar el reloj de Esmé de la caja. Cuando por fin lo consiguió, vio que en el viaje se había roto el cristal. Se preguntó si además no se habría estropeado, pero le faltó coraje para darle cuerda y comprobarlo. Se limitó a permanecer sentado otro largo rato con el reloj en la mano. Y de pronto, casi en éxtasis, sintió sueño.

Coge a un hombre verdaderamente soñoliento, Esmé, y siempre tendrá una posibilidad de volver a ser un hombre con todas sus fac... con todas sus f-a-c-u-l-t-a-d-e-s intactas.

### **“For Esmé, with Love and Squalor”**

J. D. Salinger

The New Yorker, April 8, 1950, pages 28-36

Just recently, by air mail, I received an invitation to a wedding that will take place in England on April 18th. It happens to be a wedding I'd give, a lot to be able to get to, and when the invitation first arrived, I thought it might just be possible for me to make the trip abroad, by plane, expenses be hanged. However, I've since discussed the matter rather extensively with my wife, a breathtakingly levelheaded girl, and we've decided against it—for one thing, I'd completely forgotten that my mother-in-law is looking forward to spending the last two weeks in April with us. I really don't get to see Mother Grencher terribly often, and she's not getting any younger. She's fifty-eight. (As she'd be the first to admit.)

All the same, though, wherever I happen to be, I don't think I'm the type that doesn't even lift a finger to prevent a wedding from flattening. Accordingly, I've gone ahead and jotted down a few revealing notes on the bride as I knew her almost six years ago. If my notes should cause the groom, whom I haven't met, an uneasy moment or two, so much the better. Nobody's aiming to please, here. More, really, to edify, to instruct.

In April of 1944, I was among some sixty American enlisted men who took a rather specialized pre-Invasion training course, directed by British Intelligence, in Devon, England. And as I look back, it seems to me that we were fairly unique, the sixty of us, in that there wasn't one good mixer in the bunch. We were all essentially letter-writing types, and when we spoke to each other out of the line of duty, it was usually to ask somebody if he had any ink he wasn't using. When we weren't writing letters or attending classes, each of us went pretty much his own way. Mine usually led me, on clear days, in scenic circles around the countryside. Rainy days, I generally sat in a dry place and read a book, often just an axe length away from a ping-pong table.

The training course lasted three weeks, ending on a Saturday, a very rainy one. At seven that last night, our whole group was scheduled to entrain for London, where, as rumor had it, we were to be assigned to infantry and airborne divisions mustered for the D Day landings. By three in the afternoon, I'd packed all my belongings into my barrack bag, including a canvas gas-mask container full of books I'd brought over from the Other Side. (The gas mask itself I'd slipped through a porthole of the

## Literatura Norteamericana

*Mauretania* some weeks earlier, fully aware that if the enemy ever *did* use gas I'd never get the damn thing on in time.) I remember standing at an end window of our Quonset hut for a very long time, looking out at the slanting, dreary rain, my trigger finger itching imperceptibly, if at all. I could hear behind my back the uncomradely scratching of many fountain pens on many sheets of V-mail paper. Abruptly, with nothing special in mind, I came away from the window and put on my raincoat, cashmere muffler, galoshes, woolen gloves, and overseas cap (the last of which, I'm still told, I wore at an angle all my own—slightly down over both ears). Then, after synchronizing my wristwatch and the clock in the latrine, I walked down the long, wet cobblestone hill into town. I ignored the flashes of lightning all around me. They either had your number on them or they didn't.

In the center of town, which was probably the wettest part of town, I stopped in front of a church to read the bulletin board, mostly because the featured numerals, white on black, had caught my attention but partly because, after three years in the Army, I'd become addicted to reading bulletin boards. At three-fifteen, the board stated, there would be children's-choir practice. I looked at my wristwatch, then back at the board. A sheet of paper was tacked up, listing the names of the children expected to attend practice. I stood in the rain and read all the names, then entered the church.

A dozen or so adults were among the pews, several of them bearing pairs of small-size rubbers, soles up, in their laps. I passed along and sat down in the front row. On the rostrum, seated in three compact rows of auditorium chairs, were about twenty children, mostly girls, ranging in age from about seven to thirteen. At the moment, their choir coach, an enormous woman in tweeds, was advising them to open their mouths wider when they sang. Had anyone, she asked, ever heard of a little dickeybird that *dared* to sing his charming song without first opening his little beak wide, wide, wide? Apparently nobody ever had. She was given a steady, opaque look. She went on to say that she wanted *all* her children to absorb the *meaning* of the words they sang, not just *mouth* them, like silly-billy parrots. She then blew a note on her pitch pipe, and the children, like so many underage weight-lifters, raised their hymnbooks.

They sang without instrumental accompaniment—or, more accurately in their case, without any interference. Their voices were melodious and unsentimental, almost to the point where a somewhat more denominational man than myself might, without straining, have experienced levitation. A couple of the very youngest children dragged the tempo a trifle, but in a way

at only the composer's mother could have found fault with.

had never heard the hymn, but I kept hoping it was one with a dozen or more verses. Listening, I scanned all the children's faces but watched one in particular, that of the child nearest me, on the end seat in the first row. She was about thirteen, with straight ash-blond hair of ear-lobe length, an exquisite forehead, and blase eyes that, I thought, might very possibly have counted the house. Her voice was distinctly separate from the other children's voices, and not just because she was seated nearest to me. It had the best upper register, the sweetest-sounding, the surest, and it automatically led the way. The young lady, however, seemed slightly bored with her own singing ability, or perhaps just with the time and place; twice, between verses, I saw her yawn. It was a ladylike yawn, a closed-mouth yawn, but you couldn't miss it; her nostril wings gave her away. |

The instant the hymn ended, the choir coach began to give her lengthy opinion of people who can't keep their feet still and their lips sealed tight during the minister's sermon. I gathered that the singing part of the rehearsal was over, and before the coach's dissonant speaking voice could entirely break the spell the children's singing had cast, I got up and left the church.

It was raining even harder. I walked down the street and looked through the window of the Red Gross recreation room, but soldiers were standing two and three deep at the coffee counter, and, even through the glass, I could hear ping-pong balls bouncing in another room. I crossed the street and entered a civilian tearoom, which was empty except for a middle-aged waitress, who looked as if she would have preferred *n* customer with a dry raincoat. I used a coat tree as delicately as possible, and then sat down at a table and ordered tea and cinnamon toast. It was the first time all day that I'd spoken

## Literatura Norteamericana

to anyone. I then looked through all my pockets, including my raincoat, and finally found a couple of stale letters to reread, one from my wife, telling me how the service at Schrafft's Eighty-eighth Street had fallen off, and one from my mother-in-law, asking me to please send her some cashmere yarn first chance I got away from "camp."

While I was still <on my first cup of tea, the young lady I had been watching and listening to in the choir came into the tearoom. Her hair was soaking wet, and the rims of both ears were showing. She was with a very small boy, unmistakably her brother, whose cap she removed by lifting it off his head with two fingers, as if it were a laboratory specimen. Bringing up the rear was an, efficient-looking woman in a limp felt hat—, presumably their governess. The choir member, taking off her coat as she walked across the floor, made the table selection—a good one, from my point of view, as it was just eight feet or ten feet directly in front of me. She and the governess sat down. The small boy, who was about five, wasn't ready to sit down yet. He slid out of and discarded his reefer; then with the deadpan expression of a born heller, he methodically went about annoying his governess by pushing in and pulling out his chair several times, watching her face. The governess, keeping her voice down, gave him two or three orders to sit down and, in effect, stop the monkey business, but it was only when his sister spoke to him that he came around and applied the small of his back to his chair seat. He immediately picked up his napkin and put it on his head. His sister removed it, opened it, and spread it out on his lap.

About the time their tea was brought, the choir member caught me staring over at her party. She stared back at me, with those house-counting eyes of hers, then, abruptly, gave me a small, qualified smile. It was oddly radiant, as certain small, qualified smiles sometimes are. I smiled back, much less radiantly, keeping my upper lip down over a coal-black G.I. temporary filling showing between two of my front teeth. The next thing I knew, the young lady was standing, with enviable poise, beside my table. She was wearing a tartan dress—a Campbell tartan, I believe. It seemed to me to be a wonderful dress for a very young girl to be wearing on a rainy, rainy day. "I thought Americans despised tea," she said. It wasn't the observation of a smart aleck but that of a truth-lover or a statistics-lover. I replied that some of us never drank anything *but* tea. I asked her if she'd care to join me.

"Thank You/I," she said. "Perhaps for just a fraction of a moment."

I got up and drew a chair for her, the one opposite me, and she sat down on the forward quarter of it, keeping her spine easily and beautifully straight. I went back—almost hurried back—to my own chair, more than willing to hold up my end of a conversation. When I was seated, I couldn't think of anything to say, though. I smiled again, still keeping my coal-black rilling under concealment. I remarked that it was certainly a terrible day out.

"Yes; quite," said my guest, in the clear, unmistakable voice of a small-talk detester. She placed her fingers flat on the table edge, like someone at a seance, then, almost instantly, closed her hands—her nails were bitten down to the quick. She was wearing a wristwatch, a military-looking one that looked rather like a navigator's chronograph. Its face was much too large for her slender wrist. "You were at choir practice," she said matter-of-factly. "I saw you."

I said I certainly had been, and that I had heard her voice singing separately from the others. I said I thought she had a very fine voice.

She nodded. "I know. I'm going to be a professional singer."

"Really? Opera?"

"Heavens, no. I'm going to sing jazz on the radio and make heaps of money. Then, when I'm thirty, I shall retire and live on a ranch in Ohio." She touched the top of her soaking-wet head with the flat of her hand. "Do you know Ohio?" she asked.

I said I'd been through it on the train a few times but that I didn't really know it. I offered her a piece of cinnamon toast.

"No, thank you," she said. "I eat like a bird, actually."

I bit into a piece of toast myself, and commented that there's some mighty rough country around

## Literatura Norteamericana

Ohio.

"I know. An American I met told me. You're the eleventh American I've met."

Her governess was now urgently signaling her to return to her own table—in effect, to stop bothering the man. My guest, however, calmly moved her chair an inch or two so that her back broke all possible further communication with the home table. "You go to that secret Intelligence school on the hill, don't you?" she inquired coolly.

As security-minded as the next one, I replied that I was visiting Devonshire for my health.

"*Really*," she said, "I wasn't quite born yesterday, you know."

I said I'd bet she hadn't been, at that. I drank my tea for a moment. I was getting a trifle posture-conscious and I sat up somewhat straighter in my seat.

"You seem quite intelligent for an American," my guest mused.

I told her that was a pretty snobbish thing to say, if you thought about it at all, and that I hoped it was unworthy of her.

She blushed—automatically conferring on me the social poise I'd been missing. "Well. Most of the Americans *I've* seen act like animals. They're forever punching one another about, and insulting everyone, and—You know what one of them did?"

I shook my head.

"One of them threw an empty whiskey bottle through my aunt's window. Fortunately, the window was open. But does that sound very intelligent to you?"

It didn't especially, but I didn't say so. I said that many soldiers, all over the world, were a long way from home, and that few of them had had many real advantages in life. I said I'd thought that most people could figure that out for themselves.

"Possibly," said my guest, without conviction. She raised her hand to her wet head again, picked at a few limp filaments of blond hair, trying to cover her exposed ear rims. "My hair is soaking wet," she said. "I look a fright." She looked over at me. "I have quite wavy hair when it's dry."

"I can see that, I can see you have."

"Not actually curly, but quite wavy," she said. "Are you married?"

I said I was.

She nodded. "Are you very deeply in love with your wife? Or am I being too personal?"

I said that when she was, I'd speak up.

She put her hands and wrists farther forward on the table, and I remember wanting to do something about that enormous-faced wristwatch she was wearing—perhaps suggest that she try wearing it around her waist.

"Usually, I'm not terribly gregarious," she said, and looked over at me to see if I knew the meaning of the word. I didn't give her a sign, though, one way or the other. "I purely came over because I thought you looked extremely lonely. You have an extremely sensitive face."

I said she was right, that *I had* been feeling lonely, and that I was very glad she'd come over.

"I'm training myself to be more compassionate. My aunt says I'm a terribly cold person," she said and felt the top of her head again. "I live with my aunt. She's an extremely kind person. Since the death of my mother, she's done everything within her power to make Charles and me feel adjusted."

"I'm glad."

"Mother was an extremely intelligent person. Quite sensuous, in many ways." She looked at me with a kind of fresh acuteness. "Do you find me terribly cold?"

I told her absolutely not—very much to the contrary, in fact. I told her my name and asked for hers.

She hesitated. "My first name is Esme. I don't think I shall tell you my full name, for the moment. I have a title and you may just be impressed by titles. Americans are, you know."

I said I didn't think I would be, but that it might be a good idea, at that, to hold on to the title for a while.

Just then, I felt someone's warm breath on the back of my neck. I turned around and just missed



## Literatura Norteamericana

brushing noses with Esme's small brother. Ignoring me, he addressed his sister in a piercing treble: "Miss Megley said you must come and finish your tea!" His message delivered, he retired to the chair between his sister and me, on my right. I regarded him with high interest. He was looking very splendid in brown Shetland shorts, a navy-blue jersey, white shirt, and striped necktie. He gazed back at me with immense green eyes. "Why do people in films kiss sideways?" he demanded.

"Sideways?" I said. It was a problem that had baffled me in my childhood. I said *I* guessed it was because actors' noses are too big for kissing anyone head on.

"His name is Charles," Esme said. "He's extremely brilliant for his age."

"He certainly has green eyes. Haven't you, Charles?"

Charles gave me the fishy look my question deserved, then wriggled downward and forward in his chair till all of his body was under the table except his head, which he left, wrestler's-bridge style, on the chair seat. "They're orange," he said in a strained voice, addressing the ceiling. He picked up a corner of the tablecloth and put it over his handsome, deadpan little face.

"Sometimes he's brilliant and sometimes he's not," Esme said. "Charles, do sit up!"

Charles stayed right where he was. He seemed to be holding his breath.

"He misses our father very much. He was s-l-a-i-n in North Africa."

I expressed regret to hear it.

Esme nodded. "Father adored him." She bit reflectively at the cuticle of her thumb. "He looks very much like my mother— Charles, I mean. I look exactly like my father." She went on biting at her cuticle. "My mother was quite a passionate woman. She was an extrovert. Father was an introvert. They were quite well mated, though, in a superficial way. To be quite candid, Father really needed more of an intellectual companion than Mother was. He was an extremely gifted genius."

I waited, receptively, for further information, but none came. I looked down at Charles, who was now resting the side of his face on his chair seat. When he saw that I was looking at him, he closed his eyes, sleepily, angelically, then stuck out his tongue—an appendage of startling length—and gave out what in *my* country would have been a glorious ^tribute to a myopic baseball umpire. It fairly shook the tearoom.

"Stop that," Esme said, clearly unshaken. "He saw an American do it in a fish-and-chips queue and now he does it whenever he's bored. Just stop it, now, or I shall send you directly to Miss Megley."

Charles opened his enormous eyes, as sign that he'd heard his sister's threat, but otherwise didn't look especially alerted. He closed his eyes again, and continued to rest the side of his face on the chair seat.

I mentioned that maybe he ought to save it — meaning the Bronx cheer — till he started using his title regularly. That is, if he had a title, too.

Esme gave me a long, faintly clinical look. "You have a dry sense of humor, haven't you?" she said — wistfully. "Father said I have no sense of humor at all. He said I was unequipped to meet life because I have no sense of humor."

Watching her, I lit a cigarette and said I didn't think a sense of humor was of any use in a real pinch.

"Father said it was."

This was a statement of faith, not a contradiction, and I quickly switched horses, I nodded and said her father had prob-ably taken the long view, while I was taking the short (whatever *that* meant) .

"Charles misses him exceedingly," Esme said, after a moment. "He was an exceedingly lovable man. He was extremely handsome, too. Not that one's appearance matters greatly, but he was. He had terribly penetrating eyes, for a man who was intrinsically kind."

I nodded. I said I imagined her father had had quite an extraordinary vocabulary.

"Oh, yes; quite," said Esme. "He was an archivist — amateur, of course."

At that point, I felt an importunate tap, almost a punch, on my upper arm, from Charles' direction. I turned to him. He was sitting in a fairly normal position in his chair now, except that he had one knee tucked under him. "What did one wall say to the other wall?" he asked shrilly. "It's a riddle!"

## Literatura Norteamericana

I rolled my eyes reflectively ceilingward and repeated the question aloud. Then I looked at Charles with a stumped expression and said I gave up.

"Meet you at the corner!" came the punch line, at top volume.

It went over biggest with Charles himself. It struck him as unbearably funny. In fact, Esme had to come around and pound him on the back, as if treating him for a coughing spell. "Now, stop that," she said. She went back to her own seat. "He tells that same riddle to everyone he meets and has a fit every single time. Usually he drools when he laughs. Now, just stop, please."

"It's one of the best riddles I've heard, though," I said, watching Charles, who was very gradually coming out of it. In response to this compliment, he sank considerably lower in his chair and again masked his face up to the eyes with a corner of the tablecloth. He then looked at me with his exposed eyes, which were full of slowly subsiding mirth and the pride of someone who knows a really good riddle or two.

"May I inquire how you were employed before entering the Army?" Esme asked me.

I said I hadn't been employed at all, that I'd only been out of college a year but that I liked to think of myself as a professional short-story writer.

She nodded politely. "Published?" she asked.

It was a familiar but always touchy question, and one that I didn't answer just one, two, three. I started to explain how most editors in America were a bunch—

"My father wrote beautifully!" Esme interrupted. "I'm saving a number of his letters for posterity."

I said that sounded like a very good idea. I happened to be looking at her enormous-faced, chronographic-looking wrist-watch again. I asked if it had belonged to her father.

She looked down at her wrist solemnly. "Yes, it did," she said. "He gave it to me just before Charles and I were evacuated." Self-consciously, she took her hands off the table, saying, "Purely as a memento, of course." She guided the conversation in a different direction. "I'd be extremely flattered if you'd write a story exclusively for me sometime. I'm an avid reader."

I told her I certainly would, if I could. I said that I wasn't terribly prolific.

"It doesn't have to be so terribly prolific! Just so that it isn't childish and silly." She reflected. "I prefer stories about squalor."

"About what?" I said, leaning forward.

"Squalor. I'm extremely interested in squalor."

I was about to press her for more details, but I felt Charles pinching me, hard, on my arm. I turned to him, wincing slightly. He was standing right next to me. "What did one wall say to the other wall?" he asked, not unfamiliarly.

"You asked him that," Esme said. "Now, stop it."

Ignoring his sister, and stepping up on one of my feet, Charles repeated the key question. I noticed that his necktie knot wasn't adjusted properly. I slid it up into place, then, looking him straight in the eye, suggested, "Meetcha at the corner?"

The instant I'd said it, I wished I hadn't. Charles' mouth fell open. I felt as if I'd struck it open. He stepped down off my foot and, with white-hot dignity, walked over to his own table, without looking back.

"He's furious," Esme said. "He has a violent temper. My mother had a propensity to spoil him. My father was the only one who didn't spoil him."

I kept looking over at Charles, who had sat down and started to drink his tea, using both hands on the cup. I hoped he'd turn around, but he didn't.

Esme stood up. "*Il faut que je parte aussi,*" she said, with a sigh. "Do you know French?"

I got up from my own chair, with mixed feelings of regret and confusion. Esme and I shook hands; her hand, as I'd suspected, was a nervous hand, damp at the palm. I told her, in English, how very much I'd enjoyed her company.

She nodded. "I thought you might," she said. "I'm quite communicative for my age." She gave her

## Literatura Norteamericana

hair another experimental touch. "I'm dreadfully sorry about my hair," she said. "I've probably been hideous to look at."

"Not at all! As a matter of fact, I think a lot of the wave is coming back already."

She quickly touched her hair again. "Do you think you'll be coming here again in the immediate future?" she asked. "We come here every Saturday, after choir practice."

I answered that I'd like nothing better but that, unfortunately, I was pretty sure I wouldn't be able to make it again.

"In other words, you can't discuss troop movements," said Esme. She made no move to leave the vicinity of the table. In fact, she crossed one foot over the other and, looking down, aligned the toes of her shoes. It was a pretty little execution, for she was wearing white socks and her ankles and feet were lovely. She looked up at me abruptly. "Would you like me to write to you?" she asked, with a certain amount of color in her face. "I write extremely articulate letters for a person my—"

"I'd love it." I took out pencil and paper and wrote down my name, rank, serial number, and A.P.O. number.

"I shall write to you first," she said, accepting it, "so that you don't feel *compromised* in any way." She put the address into a pocket of her dress. "Goodbye," she said, and walked back to her table.

I ordered another pot of tea and sat watching the two of them till they, and the harassed Miss Megley, got up to leave. Charles led the way out limping tragically, like a man with one leg several inches shorter than the other. He didn't look over at me. Miss Megley went next, then Esme, who waved to me. I waved back, half getting up from my chair. It was a strangely emotional moment for me.

\*\*\*

Less than a minute later, Esme came back into the tearoom, dragging Charles behind her by the sleeve of his reefer. "Charles would like to kiss you goodbye," she said.

I immediately put down my cup, and said that was very nice, but was she *sure*?

"Yes," she said, a trifle grimly. She let go Charles' sleeve and gave him a rather vigorous push in my direction. He came forward, his face livid, and gave me a loud, wet smacker just below the right ear. Following this ordeal, he started to make a beeline for the door and a less sentimental way of life, but I caught the half belt at the back of his reefer, held on to it, and asked him, "What did one wall say to the other wall?"

His face lit up. "Meet you at the corner!" he shrieked, and raced out of the room, possibly in hysterics.

Esme was standing with crossed ankles again. "You're quite sure you won't forget to write that story for me?" she asked. "It doesn't have to be *exclusively* for me. It can—"

I said there was absolutely no chance that I'd forget. I told her that I'd never written a story *for* anybody, but that it seemed like exactly the right time to get down to it.

She nodded. "Make it extremely squalid and moving," she suggested. "Are you at all acquainted with squalor?"

I said not exactly but that I was getting better acquainted with it, in one form or another, all the time, and that I'd do my best to come up to her specifications. We shook hands.

"Isn't it a pity that we didn't meet under less extenuating circumstances?"

I said it was, I said it certainly was.

"Goodbye," Esme said. "I hope you return from the war with all your faculties intact."

I thanked her, and said a few other words, and then watched her leave the tearoom. She left it slowly, reflectively, testing the ends of her hair for dryness.

This is the squalid, or moving part of the story, and the scene changes. The people change, too. I'm still around, but from here on in, for reasons I'm not at liberty to disclose, I've disguised myself so cunningly that even the cleverest reader will fail to recognize me.

It was about ten-thirty at night in Gaufurt, Bavaria, several weeks after V-E Day. Staff Sergeant X

## Literatura Norteamericana

was in his room on the second floor of the civilian home in which he and nine other American soldiers had been quartered, even before the armistice. He was seated on a folding wooden chair at a small, messy-looking writing table, with a paperback overseas novel open before him, which he was having great trouble reading. The trouble lay with him, not the novel. Although the men who lived on the first floor usually had first grab at the books sent each month by Special Services, X usually seemed to be left with the book he might have selected himself. But he was a young man who had not come through the war with all his faculties intact, and for more than an hour he had been triple-reading paragraphs, and now he was doing it to the sentences. He suddenly closed the book, without marking his place. With his hand, he shielded his eyes for a moment against the harsh, watty glare from the naked bulb over the table.

He took a cigarette from a pack on the table and lit it with fingers that bumped gently and incessantly against one another. He sat back a trifle in his chair and smoked without any sense of taste. He had been chain-smoking for weeks. His gums bled at the slightest pressure of the tip of his tongue, and he seldom stopped experimenting; it was a little game he played, sometimes by the hour. He sat for a moment smoking and experimenting. Then, abruptly, familiarly and, as usual, with no warning, he thought he felt his mind dislodge itself and teeter, like insecure luggage on an overhead rack. He quickly did what he had been doing for weeks to set things right: he pressed his hands hard against his temples. He held on tight for a moment. His hair needed cutting, and it was dirty. He had washed it three or four times during his two weeks' stay at the hospital in Frankfort on the Main, but it had got dirty again on the long, dusty jeep ride back to Gaufurt. Corporal Z, who had called for him at the hospital, still drove, a jeep combat-style, with the wind-shield down on the hood, armistice thousands of new troops in Germany. By arriving with his windshield down, combat-style, Corporal Z hoped to show that he was not one of them, that not by a long shot was he some new son of a bitch in the E.T.O.

When he let go of his head, X began to stare at the surface of the writing table, which was a catchall for at least two dozen unopened letters and at least five or six unopened packages, all addressed to him. He reached behind the debris and picked out a book that stood against the wall. It was a book by Goebbels, entitled "Die Zeit Ohne Beispiel." It belonged to the thirty-eight-year-old, unmarried daughter of the family that, up to a few weeks earlier, had been living in the house. She had been a low official in the Nazi Party, but high enough, by Army Regulations standards, to fall into an automatic-arrest category. X himself had arrested her. Now, for the third time since he had returned from the hospital that day, he opened the woman's book and read the brief inscription on the flyleaf. Written in ink, in German, in a small, hopelessly sincere handwriting, were the words "Dear Gad, life is hell." Nothing led up to or away from it. Alone on the page, and in the sickly stillness of the room, the words appeared to have the stature of an uncontested, even classic indictment. X stared at the page for several minutes, trying, against heavy odds, not to be taken in. Then, with far more zeal than he had done anything in weeks, he picked up a pencil stub and wrote down under the inscription, in English. "Fathers and teachers, I ponder 'What is hell?' I maintain that it is the suffering of being unable to love." He started to write Dostoevski's name under the inscription, but saw — with fright that ran through his whole body — that what he had written was almost entirely illegible. He shut the book.

He quickly picked up something else from the table, a letter from his older brother in Albany. It had been on his table even before he had checked into the hospital. He opened the envelope, loosely resolved to read the letter straight through, but read only the top half of the first page. He stopped after the words "Now that the g.d. war is over and you probably have a lot of time over there, how about sending the kids a couple of bayonets or swastikas..." After he'd torn it up, he looked down at the pieces as they lay in the wastebasket. He saw that he had overlooked an enclosed snapshot. He could make out somebody's feet standing on a lawn somewhere.

He put his arms on the table and rested his head on them. He ached from head to foot, all zones of pain seemingly interdependent. He was rather like a Christmas tree whose lights, wired in series, must all go out if even one bulb is defective.

## Literatura Norteamericana

The door banged open without having been rapped on. X raised his head, turned it, and saw Corporal Z standing in the door. Corporal Z had been X's jeep partner and constant companion from D Day straight through five campaigns of the war. He lived on the first floor and he usually came up to see X when he had a few rumors or gripes to unload. He was a huge, photogenic young man of twenty-four. During the war, a national magazine had photographed him in Hiirtgen Forest; he had posed, more than just obligingly, with a Thanksgiving turkey in each hand. "Ya writin' letters?" he asked X. "It's spooky in here, for Chrissake." He preferred always to enter a room that had the overhead light on.

X turned around in his chair and asked him to come in, and to be careful not to step on the dog.

"The what?"

"Alvin. He's right under your feet, Clay. How 'bout turning on the goddam light?"

Clay found the overhead-light switch, flicked it on, then stepped across the puny, servant's-size room and sat down on the edge of the bed, facing his host. His brick-red hair, just combed, was dripping with the amount of water he required for satisfactory grooming. A comb with a fountain-pen clip protruded, familiarly, from the right-hand pocket of his olive-drab shirt. Over the left-hand pocket he was wearing the Combat Infantrymen's Badge (which, technically, he wasn't authorized to wear), the European Theatre ribbon, with five bronze battle stars in it (instead of a lone silver one, which was the equivalent of five bronze ones), and the pre-Pearl Harbor service ribbon. He sighed heavily and said, "Christ almighty." It meant nothing; it was Army. He took a pack of cigarettes from his shirt pocket, tapped one out, then put away the pack and rebuttoned the pocket flap. Smoking, he looked vacuously around the room. His look finally settled on the radio. "Hey," he said. "They got this terrific show comin' on the radio in a coupla minutes. Bob Hope, and everybody."

X, opening a fresh pack of cigarettes, said he had just turned the radio off.

Undarkened, Clay watched X trying to get a cigarette lit. "Jesus," he said, with spectator's enthusiasm, "you oughta see your goddam hands. Boy, have you got the shakes. Ya know that?"

X got his cigarette lit, nodded, and said Clay had, a real for detail.

"No kidding, hey, I goddam near fainted when I saw you at the hospital. You looked like a *goddam corpse*. How much weight ya lose? How many pounds? Ya know?"

"I don't know. How was your mail when I was gone? You heard from Loretta?"

Loretta was Clay's girl. They intended to get married at their earliest convenience. She wrote to him fairly regularly, from a paradise of triple exclamation points and inaccurate observations. All through the war, Clay had read all Loretta's letters aloud to X, however intimate they were — in fact, the more intimate, the better. It was his custom, after each reading, to ask X to plot out or pad out the letter of reply, or to insert a few impressive words in French or German.

"Yeah, I had a letter from her yesterday. Down in my room. Show it to ya later," Clay said, listlessly. He sat up straight on the edge of the bed, held his breath, and issued a long, resonant belch. Looking just semi-pleased with the achievement, he relaxed again. "Her goddam brother's gettin' outa the Navy on account of his hip," he said. "He's got this hip, the bastard." He sat up again and tried for another belch, but with below-par results. A jot of alertness came into his face. "Hey. Before I forget. We gotta get up at five tomorrow and drive to Hamburg or someplace. Pick up Eisenhower jackets for the whole detachment."

X, regarding him hostilely, stated that he didn't want an Eisenhower jacket.

Clay looked surprised, almost a trifle hurt. "Oh, they're good! They look good. How come?"

"No reason. Why do we have to get up at five? The war's over, for God's sake."

"I don't know—we gotta get back before lunch. They got some new forms in we gotta fill out before lunch... I asked Bulling how come we couldn't fill 'em out tonight—he's *got* the goddam forms right on his desk. He don't want to open the envelopes yet, the son of a bitch."

The two sat quiet for a moment, hating Bulling. Clay suddenly looked at X with new—higher—interest than before. "Hey," he said. "Did you know the goddam side of your face is jumping all over the place?"

## Literatura Norteamericana

X said he knew all about it, and covered his tic with his hand. Clay stared at him for a moment, then said, rather vividly, as if he were the bearer of exceptionally good news, "I wrote Loretta you had a nervous breakdown." "Oh?"

"Yeah. She's interested as hell in all that stuff. She's majoring in psychology." Clay stretched himself out on the bed, shoes included. "You know what she said? She says\_nobody ^gets a nervous breakdown just from the war and all. She says you probably were unstable like, your whole goddam life."

X bridged his hand over his eyes—the light over the bed seemed to be blinding him—and said that Loretta's insight into things was always a joy.

Clay glanced over at him. "Listen, ya bastard," he said. "She knows a goddam sight more psychology than *you* do."

"Do you think you can bring yourself to take your stinking feet off my bed?" X asked.

Clay left his feet where they were for a few don't-tell-me-where-to-put-my-feet seconds, then swung them around to the floor and sat up. "I'm goin' downstairs anyway. They got the radio on in Walker's room." He didn't get up from the bed, though. "Hey. I was just tellin' that new son of a bitch, Bernstein, downstairs. Remember that time I and you drove into Valognes, and we got shelled for about two goddam hours, and that goddam cat I shot that jumped up on the hood of the jeep when we were layin' in that hole? Remember?"

"Yes — don't start that business with .that cat again, Clay, God damn it. I don't want to hear about it."

"No, all I mean is I wrote Loretta about it. She and the whole psychology class discussed it. In class and all. The goddam professor and everybody."

"That's fine. I don't want to hear about it, Clay."

"No, you know the reason I took a pot shot at it, Loretta says? She says I was temporarily insane. No kidding. From the shelling and all."

X threaded his fingers, once, through his dirty hair, then shielded his eyes against the light again. "You weren't insane. You were simply doing your duty. You killed that pussycat in as manly a way as anybody could've under" the circumstances.

Clay looked at him suspiciously. "What the hell , are you talkin' about?"

"That cat was a spy. You *had* to take a pot shot at it. It was a very clever German midget dressed up in a cheap fur coat. So there was absolutely nothing brutal, or cruel, or dirty, or even — "

"God damn it!" Clay said, his lips thinned. "Can't you ever be *sincere*?"

X suddenly felt sick, and he swung around in his chair and grabbed the wastebasket — just in time.

When he had straightened up and turned toward his guest again, he found him standing, embarrassed, halfway between the bed and the door. X started to apologize, but changed his mind and reached for his cigarettes.

"C'mon down and listen to Hope on the radio, hey," Clay said, keeping his distance but trying to be friendly over it. "It'll do ya good. I mean it."

"You go ahead, Clay. . . . I'll look at my stamp collection."

"Yeah? You got a stamp collection? I didn't know you — "

"I'm only kidding."

Clay took a couple of slow steps towards the door. "I may drive over to Ehstadt later," he said. "They got a dance. It'll probably last till around two. Wanna go?"

"No, thanks. . . I may practice a few steps in the room."

"O.K. G'night! Take it easy, now, for Chrissake." The door slammed shut, then instantly opened *again*. "Hey. O.K. if I leave a letter to Loretta under your door? I got some German stuff in it. Willya fix it up for me?" \_\_\_\_ "Yes^ T-gayg me alone now. God damn it."

"Sure," said Clay7~"You know what my mother wrote me? She wrote me she's glad you and I were together and all the whole war. In the same jeep and all. She says my letters are a helluva lot more

## Literatura Norteamericana

intelligent since we been goin' around together."

X looked up and over at him, and said, with great effort, "Thanks. Tell her thanks for me." "I will. G'night!" The door slammed shut, this time for good.

X sat looking at the door for a long while, then turned his chair around toward the writing table and picked up his portable typewriter from the floor. He made space for it on the messy table surface, pushing aside the collapsed pile of unopened letters and packages. He thought if he wrote a letter to an old friend of his in New York there might be some quick, however slight, therapy in it for him. But he couldn't insert his notepaper into the roller properly, his fingers were shaking so violently now. He put his hands down again, but finally crumpled the notepaper in his hand.

He was aware that he ought to get the wastebasket out of the room, but instead of doing anything about it, he put his arms on the typewriter and rested his head again, closing his eyes.

A few throbbing minutes later, when he opened his eyes, he found himself squinting at a small, unopened package wrapped in green paper. It had probably slipped off the pile when he had made space for the typewriter. He saw that it had been readdressed several times. He could make out, on just one side of the package, at least three of his old A.P.O. numbers.

He opened the package without any interest, without even looking at the return address. He opened it by burning the string with a lighted match. He was more interested in watching the string burn all the way down than in opening the package, but he opened it, finally.

Inside the box, a note, written in ink, lay on top of a small object wrapped in tissue paper. He picked out the note and read it.

17,—Road,  
—, Devon  
June 7, 1944

Dear Sergeant X,

I hope you will forgive me for having taken 38 days to begin our correspondence but, I have been extremely busy as my aunt has undergone streptococcus of the throat and nearly perished and I have been justifiably saddled with one responsibility after another. However I have thought of you frequently and of the extremely pleasant afternoon we spent in each other's company on April 30, 1944 between 3:45 and 4:15 P.M. in case it slipped your mind.

We are all tremendously excited and overawed about D Day and only hope that it will bring about the swift termination of the war and a method of existence that is ridiculous to say the least. Charles and I are both quite concerned about you; we hope you were not among those who made the first initial assault upon the Cotentin Peninsula. Were you? Please reply as speedily as possible. My warmest regards to your wife.

Sincerely yours,  
Esme

P.S. I am taking the liberty of enclosing my wristwatch which you may keep in your possession for the duration of the conflict. I did not observe whether you were wearing one during our brief association, but this one is extremely water-proof and shock-proof as well as having many other virtues among which one can tell at what velocity one is walking if one wishes. I am quite certain that you will use it to greater advantage in these difficult days than I ever can and that you will accept it as a lucky talisman.

Charles, whom I am teaching to read and write and whom I am finding an extremely intelligent novice, wishes to add a few words. Please write as soon as you have the time and inclination.

HELLO HELLO HELLO  
HELLO HELLO HELLO  
HELLO HELLO HELLO HELLO  
LOVE AND KISSES CHALES

## Literatura Norteamericana

It was a long time before X could set the note aside, let alone lift Esme's father's wristwatch out of the box. When he did finally lift it out, he saw that its crystal had been broken in transit. He wondered if the watch was otherwise undamaged, but he hadn't the courage to wind it and find out. He just sat with it in his hand for another long period. Then, suddenly, almost ecstatically, he felt sleepy.

You take a really sleepy man, Esme, and he a/ways stands a chance of again becoming a man with all his fac—with all his f-a-c-u-1-t-i-e-s intact.